

Conflictos de cultura

Maria Rosales

A mis escasos dieciséis años, no entendía por qué mis padres no me dejaban salir, si todos los padres de mis amigas las llevaban y las recogían de los bailes. Crecer en un país como éste, con un padre chapado a la antigua no fue nada fácil. ¿De que me servía vivir en un país libre, cuando en mi casa no lo era? Adaptarse a una cultura diferente para mi padre, no fue nada fácil.

“Papi, por favor déjame salir”, le exclamé a mi padre con ojos vidriosos “ ¡Ya te dije que no, y no me estés dando lata ya!”, me contestó él. “¿Pero por qué? si siempre me porto bien; le ayudo a mi mamá en la casa, saco buenas notas en la escuela. ¿Qué eso no cuenta?”, le dije exaltándome al ver que no me dejaría salir a la fiesta de quince años de una compañera de la escuela. “¡Que no, y no es no!, ¿Qué no entiendes, Rosario?”, me gritó mi padre impacientado, lleno de coraje. Cuando él me llamaba Rosario, sabía que las cosas se estaban poniendo color de hormiga, pero seguí insistiendo sin un resultado positivo . Mi hermana y yo crecimos aquí, mi padre ya había vivido en este país; nunca se adaptó a la idea de criar a dos adolescentes en una cultura llena de libertades y de poder expresarse.

Cuando se trata de educar a los hijos para que no “se vayan a descarriar” como decía mi padre, adaptarse a una cultura distinta es difícil. Expresarse y tener una opinión por sí mismo es algo que para las culturas conservadoras como la mía, no está visto con buenos ojos. Mientras tanto, nosotras nos acostumbramos a la cultura y formamos nuestras propias ideas fuera de casa. La manera de pensar de mi padre estaba enraizada muy dentro de él, como el típico macho mexicano. Nunca se adaptó a nuestras inquietudes de adolescentes y nuestros despliegues de mujercitas feministas. Una noche cuando quería salir y mi padre no me dio permiso, ¡Cómo renegué de él! Todas mis amigas salían a divertirse, excepto yo. “¡Yo no quiero libertinas en mi casa, que pueden ir y llegar a la hora que se les plazca, como si esta casa fuera hotel!”, me gritaba mi padre cuando yo quería salir. Me decía que mejor me pusiera a estudiar o hacer tarea y que si no tenía pues que limpiara mi cuarto. El no entendía que yo no quería “libertinaje” sólo quería la libertad para divertirme sanamente un rato, como cualquier adolescente en este país.

Mis padres querían que tuviéramos una educación, y para mi padre dejarnos salir sólo nos distraería de nuestros estudios. Yo contaba los años para poder graduarme e irme a la universidad, lejos mi casa. Quería crecer de la noche a la mañana, porque me sentía presa bajo una dictadura formada por mi padre y a la que tenía que obedecer. Casi puso el grito en cielo, cuando se enteró que me iría a estudiar fuera. “Pero papá , así se acostumbra aquí”, yo le decía con tono de súplica, y sólo me contestaba con reclamos, que eso no estaba bien, que iba a andar de loca y desatada, que los hombres no me iban a respetar por el simple hecho de saber que vivía sola, y cuanta barbaridad se le ocurría decir.

Querer que mi padre se adaptará a la cultura fue como pedirle agua al fuego. Por circunstancias del destino nunca pude estudiar en otro estado. Lentamente fui olvidando esa idea imposible de querer irme lejos a donde pudiera salir sin pedir permiso. Me entristecía saber que mi padre nunca se adaptaría a las costumbres de aquí, y terminé por aceptar sus creencias.